

Tras el Estatuto de Centros

Por una escuela nueva

Valeriano Bozal.

Los debates mantenidos a propósito del Estatuto de Centros recientemente aprobado en el Congreso resultan muy instructivos. Una vez más, la derecha ha vencido pero no ha convencido, ni siquiera a algunos de sus partidarios, que ha votado afirmativamente por razones ajenas al Estatuto. El M.E., en su ya larga trayectoria de imposiciones, está acostumbrado a este tipo de actuación. El Ministro de Educación, ese personaje penoso si no fuera sarcástico, lo ha dicho muy claramente, con toda impudicia: aquí no hay acuerdo, se trata de ganar la "guerra" (¿o sólo una batalla?).

Pero si UCD no ha convencido, no estoy muy seguro de que pueda decirse lo contrario de la izquierda: ésta ha perdido, pero ¿ha convencido?. Sus argumentos eran obvios de puro evidentes: hacían referencia a la imposibilidad real de elegir entre diversos centros, a la financiación real y sus consecuencias, al clasismo que el Estatuto implicaba etc. Algunas veces, tímidamente, la izquierda aludía a que no era ese el tipo de escuela que una sociedad democrática precisaba. Confieso que hecho en falta más argumentos de este tipo y que, en mi opinión, la izquierda ha estado aquí, una vez más, muy por debajo de lo que de ella podía esperarse. Y eso no dice nada en contra de la magnífica actuación parlamentaria de Eulalia Vintró y Luis Gómez Llorente.

Pero a lo largo de todo el debate -que no puede circunscribirse al Congreso, a las Comisiones y al Plenario, que no podemos limitar a la actividad de los partidos, sino que tienen una ya larga historia en movimientos profesionales, colegios de licenciados, movimientos sindicales, escuelas de verano, etc., frente al ideario y al adoctrinamiento, la izquierda ha contestado con una alternativa obvia pero corta: lo nuestro es la escuela racional, científica, democrática, respetuosa, etc. Son grandes principios, grandes palabras, quizá excesivamente grandes. Para los partidarios de la izquierda son, por una parte, demasiado abstractas, lejos de sus perentorias necesidades -puestos escolares, calefacción, transporte escolar, higiene, etc.-, son, por otra parte, demasiado mesuradas en su grandeza.

Ello no quiere decir que sea necesario caer en un pragmatismo a ultranza, que el programa escolar de la izquierda ha de centrarse en el buen funcionamiento de las cañerías de los centros ... Nada de eso, me parece que es necesario decir algo bien diferente, y decirlo con todo el énfasis práctico que sea posible: estamos en contra de la educación que el Estatuto alienta, independientemente de que sea realista o no la posibilidad de elegir centros, estamos contra la educación autoritaria y jerarquizada que convierte al niño en una peonza en manos de sus maestros, prefectos o padres, estamos contra la hipocresía y la corrupción pedagógica a que el ideario invita, y contra la humillación de quienes han de plegarse a él porque los puestos de trabajo no abundan. En una palabra, estamos contra la enseñanza que la Dictadura ha comentado, y en la que se ha apoyado, y que ahora el más retrógrado de los aparatos civiles trata de mantener eternamente.

Estamos en contra de todo esto. ¿A favor de qué estamos? Ya se ha dicho: racionalidad, objetividad, democracia, respeto..., pero no es bastante o, mejor dicho, esos son resultados, fines, no puntos de partida: a eso es a lo que hay que llegar, tanto en la escuela estatal como

en la privada. Pero para llegar a eso hace falta un largo proceso en que la enseñanza memorística y autoritaria de paso a la actividad y a la libertad, en que la voz del maestro no sea la del que baja desde lo alto... Estamos, pues, a favor de una profunda renovación pedagógica.

Hasta ahora, el movimiento de renovación pedagógica ha discurrido por un camino propio, difícil y casi siempre minoritario. Los enseñantes que han pasado por las escuelas de verano y por los cursos de renovación han sido muchos, pero una gota de agua en relación a la totalidad de los enseñantes, y cuántos de esos han podido aplicar luego lo que ahí han madurado; cuántos no se han visto obstaculizados por dificultades varias e insalvables: el director, el prefecto, la falta de lugares idóneos, de material adecuado, la concepción clientelar que es típica de la enseñanza privada (del propietario, naturalmente, no de los trabajadores).

Pues bien, sólo si articulamos la renovación pedagógica con la política educativa será posible poner las bases de esa escuela que queremos. Y ello exige mucho trabajo y mucha profesionalidad, una verdadera guerra, pero no en el terreno mostrencamente ideológico y explícitamente político en que desea situarla el retrógrado clericalismo que ha impuesto el Estatuto, sino en el de la práctica pedagógica, poniendo de manifiesto la mediocridad de los centros con iderario, el carácter obsoleto de su enseñanza y su educación a pesar de las piscinas, los campos de tenis y las excursiones lujosas. La educación y la enseñanza son algo más que eso. Eso no tiene nada que ver con la educación y la enseñanza, todo lo contrario. Han elegido el bunker, pues que se queden con él, con sus clientes, con su mezquino poder.